EL SACERDOTE

El sacerdote. Este es el tipo más bajo y ruín de todo el andamiaje del catolicismo, imperativo y arrogante si trata con los humildes, encorvado hasta tocar el suelo con la frente, cuando está en presencia de cualquier magnate.

Es con frecuencia ventrudo y de cuello toroso. La holganza lo engorda.

Por medio de la cofesión conoce las flaquezas de todos sus feligreses y los maneja como el titiritero a sus fantoches. Cada pasión, cada vicio, cada deseo de sus ovejas son los hilos que le sirven para obligarlas a que se muevan en el sentido de sus intereses, y así obtiene dádivas y legados e hincha de oro sus gabetas.

Después que ha selebrado el divino sacrificio de la misa, sorbe tranquilo su jícara de chocolate acompañado de los dulzones bizcochos que le regalan sus hijas de confesión.

Devora con apetito: ¡Cómo que lo ha estimulado con el jeréz, que continuó siendo vino, a pesar de la fórmula que puso para convertirlo en sangre!

En el púlpito es pico de oro, ensalza la castidad como la virtud preciada por exelencia, y truena contra la lujuria en frases iracundas, poniendo por delante de los lascivos la imagen pavorosa de las llamas del infierno. Entre sus oyentes hay, por lo menos media docena, de hijas de confesión, que se ríen interiormente de las lúgubres sentencias del sotanudo, porque saben a qué atenerse.

¡Oh! y hay gentes que besan la mano a este infame histrión que obedeciendo a la ley en virtud de la cual los individuos se deben reproducir, para la conservación de la especie, tiene su serrallo, y le nacen hijos de los cuales no cuida, eludiendo los deberes de la paternidad, y por eso ns los educa, como que para ellos, ni la desgraciada que calló en sus brazos, le merece las condiciones de compañera.

El oficio para ellos se reduce a lucro vergonzoso que con escapularios, responsos y novenas obtienen.

Tal es el sacerdote como hombre, digo mal, como bestia.

Como miembro de una casta, de la casta sacerdotal, es otra cosa: es el intrigante, el obstruccionista de todo progreso social, el que procura mantener a la humanidad en el úlimo peldaño de la degradación y de la ignorancia para ser siempre el explotador, el dispensador de todas las gracias el dominador absoluto.

ılo.

'es

:p-

ite

:n-

ra.

ra-

a-

ido

La casta sacerdotal regularmente vive en contubernio vergonzoso con los hombres del poder; así ella maneja las conciencias y ellos, con la fuerza, al rebelde pueblo. Ellos dicen: ¡de rodillas todos! ¡Dios lo mande l la espada ejecutará nuestro mandato! Nosotros decimos: ¡arriba todos, la revolución está de pié! ella vencerá al fanatismo!

A. Zenbelth.

Como mueren los dioses

Hay una diferiencia muy notable de la muerte de los hombres a la muerte de los dioses. Los dioses mueren ungidos con todas las preeminencias y los dones divinos y humanos. Sus nombres pasan a la Historia, a los santorales, a los templos o a las estrellas, después de haber recorrido todas las calles y todas las plazas.

Los hombres mueren perseguidos, en el destierro, en

el presidio o en la horca.

Los dioses fueron casi todos comediantes. Por eso los pueblos caminan tras ellos.

Los hombres fueron todos sinceros, dijeron al pueblo la verdad sobre su propia existencia, y el pueblo los crucificó y los crucifica aún.

Jesús, hombre, fué condenado a muerte como enemigo de la ley y de la sociedad. Tres días estuvo su cuerpo colgado de la cruz, en sitio tan visible y frecuentado para que el caminante y el ciudadano tomaran del caso ejemplo y temor.

Jesús, Dios, subió al cielo rodeado de angeles, céfiros y flores, Jesús, Dios, fué hijo de otros dioses, creados a su vez, por seres semidioses que aspiraban a quitarse el semi; y Jesús, hombre, fué hijo de María, pobre madre que sufrió los dolores que antes y después que ella sufrieron las madres que gozaron la dicha y sintieron la pena de parir hombres.

Recordad los hombres que llevaron cuantos hicieron algo por el mundo a pesar del mundo. El que mejor, murió pobre, y el que peor, desc-artizado; y pobres y descuartizados, todos sufrieron penas sin cuento.

En cambio, los dioses y los semidioses, todos comediantes, que supieron engañar y adular a la gente, tuvieron al-

Pasa a la cuarta plana

Lección....

«Viene de la segunda plana»

Más pelo y vello tiene el gran cuerpo Tierra en otros lugares. Toda la vegetación, con sus bosques y selvas, a veces impenetrables, los gigantescos árboles del Africa y América, bien pueden tomarse por lo luenga barba y crecidos mostachos del planeta.

Ahí vemos su vient e en la zona tórrida. Ahí tenemos sus entrañas en las misteriosas profundidades donde se realizan los fenómenos sísmicos. Los terremotos son los escalofríos del planeta, y la abertura del cráter, con la erupción volcánica, el respiradero de sus gases comprimidos.

Sudor de nuestro gigante, es la lluvia que nos moja; su hálito, la atmósfera donde vivimos, y temerosa voz, su retumbante trueno.

¿Tendiá inteligencia, tendrá afectos el astro? ¡Qué sabemos!

El parásito helminto y el insecto alado, que chupan nuestra sangre, tampoco nos comprendeu, y nosotros a ellos punto menos: ¿qué extraño fuera entonces constituyese el planeta Tierra un ser no entendido por el hombre?

De lo que sí podemos apercibirnos, es de alguna parte de su estructura o, como si dijéramos, de su organización.

Podemos saber que, hijo del sol o pedazo desprendido de éste, pasó por tres estados, que duraron y durarán millones de siglos: el gaseoso, el líquido y el sólido.

Sabemos que tiene cubierta la superficie por las aguas en tres partes, y el resto sólido por los tres reinos: mineral, vejetal y animal.

Sabemos que esta superficie o piel de la tierra, cuando era más elá tica y cébil, se undió muchas veces [y aún lo verifica], enterrando grandes masas de árboles y plantas, que ahora son hulla, lignito, y antracitas o carbón de piedra, origen también de los ríos de petróleo.

Y estudiando el reino animal o zoológico, aprendemos que, reuniendo cuatro quintas partes de él, los iusectos estos son los que aumentan el tamaño de su costra: pues los foraminíferos, seres microscónicos habitantes de los mares, realizan construcciones de coral tan inmensas, que a veces forman islas de docientas leguas.

Jose Lopes Montenegro.